

## **Discurso de Livia Fränkel, acto conmemorativo en Neuengamme,**

**3 de mayo de 2021**

Yo nací en la pequeña ciudad de Sighet en Rumanía (Transilvania), que antes de la Primera Guerra Mundial pertenecía a Hungría.

Sighet tenía 30 000 habitantes y una tercera parte de ellos eran judíos. Nuestra familia constaba de cuatro personas; mi padre, mi madre, mi hermana mayor y yo. Mi padre tenía un negocio propio; él producía cartón ondulado (para cajas, etc.). El negocio iba bien, teníamos unos buenos ingresos y vivíamos en una casa moderna muy hermosa.

Mi infancia transcurrió segura y feliz. Allí no había leyes antijudías, aparte del antisemitismo que mostraban muchos conciudadanos. Pero esto era algo a lo que había que acostumbrarse. Yo también. En ocasiones, en la escuela tenía que escuchar cosas como: «¡Sucia judía, regresa a tu país, aquí, entre nuestra amable gente cristiana no eres bienvenida!».

A pesar de todo, tengo buenos recuerdos de mi infancia, protegida por una atmósfera cálida.

Me acuerdo claramente del 1 de septiembre de 1939, el día en el que estalló la guerra. Mi madre sollozó al escuchar la radio y dijo que ella ya había pasado una guerra (se refería a la Primera Guerra Mundial). ¿Debía ahora soportar una guerra por segunda vez?

En un primer momento no nos vimos afectados por la guerra de forma directa, pero escuchábamos las noticias y nos enteramos de que Hitler iba cobrándose victorias. En Europa iba capitulando un país tras otro y el asesinato de los judíos ya había empezado con la ocupación de Polonia. En el verano de 1940 Hitler decidió que Transilvania debía volver a formar parte de Hungría. En agosto de 1940 pasamos de poseer la nacionalidad rumana a poseer la nacionalidad húngara y nuestra vida cambió por completo. Hungría se sumó a la guerra y se introdujeron leyes antijudías. Y nuestra vida cotidiana empezó a verse limitada paulatinamente.

Nos llegaron rumores de que las SS estaban asesinando a los judíos en Europa. Sin embargo, nos costaba mucho de creer que personas civilizadas como los alemanes fueran culpables de

atrocidades de ese tipo. Así que decidimos no creer en esos rumores. Así transcurrieron cuatro años que fueron pasables, teniendo en cuenta que el asesinato a gran escala de los judíos europeos estuvo en marcha todo ese tiempo. ¡Nosotros, por el contrario, seguíamos viviendo en casa con nuestras familias!

Pero en el invierno de 1944 Hitler se percató de que había perdido la guerra. Sin embargo estaba satisfecho porque casi había logrado que Europa quedara «libre de judíos». En Europa ya no existía ningún judío vivo, aparte de los 850 000 en Hungría. Y Hitler estaba decidido a que, si tenía que terminar muriendo, se llevaría consigo a la tumba a esos 850 000 judíos. De modo que se dirigió al presidente húngaro Miklos Horthy y exigió que le fueran entregados esos judíos. Horthy se negó, pero entonces Hitler hizo algo inesperado: invadió el país con sus tropas y ocupó Hungría, a pesar de que ambos países eran aliados.

Ese día de marzo de 1944 en el que vi por primera vez a los soldados alemanes en las calles de Sighet empecé a temer por nuestras vidas. A partir de allí todo se desarrolló a gran velocidad. La primera ley nos obligó a llevar la estrella de color amarillo. Eso no fue tan trágico. Pensamos que si se limitaba a eso, llevaríamos esa estrella y asunto concluido. Pero al cabo de dos semanas llegó la siguiente ley. En las afueras de la ciudad se había instalado un gueto y fuimos exhortados a empaquetar nuestras cosas y a prepararnos para mudarnos al gueto.

Fue muy doloroso abandonar nuestra hermosa casa y todo lo que contenía. Pero ni siquiera eso nos pareció tan terrible. Hicimos lo que se nos ordenó, empaquetamos lo más necesario y nos trasladamos al gueto. Fueron necesarias cuatro semanas para trasladar al gueto a los 10 000 judíos de Sighet. Entonces se cerraron las puertas de acceso. Nadie que no perteneciera a ese lugar podía entrar en él o abandonarlo.

Después de seis semanas en el gueto nos dijeron que las autoridades habían decidido evacuarlo y llevarnos a otro lugar. Cada uno de nosotros debía preparar una maleta que no pesara más de 15 kg. ¿Cuál era el destino? Nadie podía contestarnos esa pregunta.

Una vez más corrió el rumor de que los alemanes estaban asesinando a los judíos en Europa, pero seguía siendo muy difícil de creer. Los más optimistas entre nosotros dijeron que estábamos en primavera y que los alemanes seguramente nos harían trabajar en el campo. Que

la población no era capaz de llevar a cabo los trabajos agrícolas porque todos los hombres estaban en la guerra y, por eso, lo haríamos nosotros, los judíos. A nosotros nos pareció bien. ¡Mientras la familia pudiera mantenerse unida, todo estaba bien!

De modo que hicimos las maletas y nos preparamos para el viaje. A primera hora de la mañana esperamos delante de nuestra casa en el gueto y los soldados húngaros llegaron para recogerlos. Un número colosal de personas abandonó el gueto. Este fue el primer transporte desde Hungría; un total de 3001 personas. (En ese momento no lo sabía, pero ahora sí, ya que todo ha quedado documentado.)

Era un hermoso día de verano, con un cielo despejado. Mientras cruzábamos la ciudad yo me despedía de las casas, de mi antigua escuela, y pensé: «Este es un día demasiado hermoso para morir». Esos fueron mis sentimientos.

Llegamos a la estación, en la que las SS alemanas y los soldados húngaros se ocuparon juntos de nosotros. Nos esperaban varios vagones para el transporte de ganado, pensados originalmente para transportar a diez caballos. 80 personas fueron encerradas en cada uno de esos vagones. Recibimos cuatro cubos, dos para nuestras necesidades y dos llenos de agua. Las puertas fueron cerradas con grandes candados y el tren se puso en movimiento.

Decidí prestar atención a la dirección que tomaba el tren. Al interior del país significaba la vida, pero si se dirigía a la frontera significaba la muerte. En el segundo día cruzó la frontera y supe que estábamos en Polonia. En ese momento comprendí que debía aceptar el hecho de que todos íbamos a morir. Nuestras condiciones en el vagón eran muy duras. Apenas podíamos respirar.

Pero lo peor era la falta de agua. La sed nos enloquecía. El tren se detuvo en varias estaciones y yo rogaba a la gente que nos dieran un poco de agua. Pero ellos volvían el rostro como si no hubieran oído nada. Nadie nos dio agua.

El viaje duró tres días. Al tercer día, ya entrada la noche, el tren se detuvo y escuchamos un gran estruendo. Nos dimos cuenta de que se trataba de la estación final. Busqué el nombre de la estación y leí el nombre polaco de Oświęcim y, debajo, en alemán: Auschwitz-Birkenau. Nunca había oído hablar de ese lugar.

Las puertas de los vagones se abrieron y un hedor terrible penetró en nuestros olfatos. Saltamos al andén y, de inmediato, fuimos separadas de mi padre sin poder despedirnos. Allí solo permanecieron las mujeres y los niños. Era muy caótico. Nos dijeron que no debíamos movernos de donde estábamos y esperar a que llegara nuestro turno. Podíamos ver que delante de donde estábamos, a lo lejos, pasaba algo. No sabíamos qué.

Estábamos en mitad de la noche y el recinto estaba iluminado con faros gigantes. Y nosotras tres allí, mi madre, mi hermana y yo, agarradas de las manos. No creo que habláramos entre nosotras, pero me acuerdo de mis pensamientos. Estaba bastante segura de que estaba viviendo las últimas horas de mi vida. Nos matarían a todos. Solo me preguntaba qué método aplicarían para asesinar a tanta gente. Pero no, ese método no pude imaginármelo. De todos modos, yo me despedía ya de la vida, con la esperanza de que todo transcurriera rápido y sin dolor.

De repente nos encontramos ante un oficial de las SS. Al día siguiente nos enteramos de que fue el doctor Josef Mengele quien había tenido servicio esa noche. Él decidía quién debía vivir y quién debía morir. Señaló a mi madre y la mandó a la izquierda. Entonces indicó a mi hermana que se dirigiera a la derecha, y lo mismo hizo conmigo. Mi madre no nos dejó marchar. Bajo súplicas le dijo al oficial que éramos una familia y que deseábamos estar juntas. Que si no era posible que simplemente la siguiéramos.

Pero el hombre estaba muy decidido y dijo: «¡No! Vosotras las mayores iréis en camión, pero las más jóvenes irán andando. ¡Mañana volveréis a veros!» Mi madre empezó a sollozar: «Agua, por favor, denme agua». En ese momento el hombre perdió la paciencia y le gritó: «¡No! ¡Rápido, rápido, rápido! ¡Cuánto más rápido os mováis, más pronto recibiréis agua!» De modo que nuestra madre tuvo que dejarnos marchar. Sus últimas palabras fueron: «¡Cuidad la una de la otra, niñas!»

¡Esa noche, la noche del 17 al 18 de mayo de 1944, mi madre y mi padre murieron en la cámara de gas en Auschwitz! Y no sé si mi madre recibió un poco de agua antes de tener que morir...

Nosotras, las mujeres jóvenes entre 15 y 40 años, tuvimos que andar una cierta distancia. A continuación tuvimos que desnudarnos delante de un barracón grande y entrar en él. Allí

dentro había un gran número de prisioneras y prisioneros. Todos llevaban vestiduras a rayas. Tuvimos que sentarnos y los hombres se nos acercaron y nos afeitaron la cabeza. Con ello nos arrebataron nuestra dignidad humana. Después tuvimos que ducharnos, recibimos vestiduras de prisionero y entramos al campo. Pasamos por debajo de la inscripción «*Arbeit macht frei*», «el trabajo libera», y una orquesta femenina nos dio la bienvenida con música alegre.

Entonces llegamos a nuestro barracón, una casa de ladrillo de gran tamaño. Entretanto ya había amanecido y recordé que el oficial me había dicho que al día siguiente volveríamos a encontrarnos con nuestra madre. Por eso me dirigí a una de nuestras vigilantes y le pregunté: «¿Cuándo llegará mi madre?» Me miró, me agarró del brazo y me arrastró en dirección a la ventana. Allí señaló en dirección a una chimenea de la que salían humo y llamas. «¿Ves esa chimenea?», me preguntó a gritos. «¡Allí es donde se están quemando tus padres, tu familia. No creas que volverás a verlos algún día! Esto no es un sanatorio, idiota, has llegado a un campo de exterminio». Yo me quedé mirándola desconcertada, sin poder creer sus palabras.

Después de seis semanas en Auschwitz tuvimos la suerte de ser seleccionadas para realizar trabajos forzados y enviadas a Alemania. Después de un viaje de tres días en un vagón de ganado el tren se detuvo y pude leer el nombre de la estación: ¡Hamburgo! Me pareció un poco gracioso llegar a esta gran ciudad de la que había leído en mi libro de geografía. En Hamburgo fuimos alojadas en un edificio que se encontraba en la calle Dessauer Ufer. Todavía recuerdo cómo disfrutamos de la hermosa vista al río Elba desde la ventana.

Fueron días bastante hermosos, pero lamentablemente no permanecimos mucho tiempo allí. Después fuimos trasladadas a otro campo en Wedel. También allí tuvimos que trabajar muy duro y realizar distintas tareas. Ese lugar no fue tan bonito como el anterior. Al cabo de poco tiempo fuimos trasladadas a un tercer lugar llamado Eidelstedt. (Hoy se llama Lurup.) Allí pasamos la mayor parte de nuestro encarcelamiento en Hamburgo, unos seis meses.

Trabajamos duro, el hambre y el frío nos persiguieron constantemente. La ciudad de Hamburgo fue bombardeada a menudo, cada noche llegaban los bombarderos de los Aliados y lanzaban su carga a nuestro alrededor. A veces deseábamos que nos alcanzara una bomba para que terminara nuestro sufrimiento, pero no pasó.

A principios de abril, las SS decidieron evacuar el campo y volvieron a meternos en vagones de transporte. Después de un trayecto de tres días llegamos a otro lugar tristemente célebre, llamado Bergen-Belsen, donde finalmente fuimos liberados por las tropas británicas el 15 de abril de 1945. La situación allí fue muy caótica; en el campo reinaba el tifus y todo tipo de enfermedades. La gente fallecía sin parar. Tardó cierto tiempo hasta que los británicos se hicieron dueños de la situación. Al cabo de dos meses recibimos la oferta de marcharnos a Suecia. Gracias a una casualidad y con ayuda de la Cruz Roja sueca llegamos a Suecia en julio de 1945.

Han transcurrido 76 años desde que nosotras, (mi hermana Hédi y yo), renacimos y empezamos nuestra nueva vida en Suecia. Hoy miro a mi alrededor y lo que veo no es muy esperanzador. Creímos que con Auschwitz habíamos alcanzado el fin del odio a los judíos, del terrible antisemitismo. Pero cuánto nos equivocábamos...

El antisemitismo sigue mostrando su rostro espantoso en todo el mundo, incluso en nuestro propio país, Suecia. ¡El antisemitismo, unido a la xenofobia y al racismo! ¡Lamentablemente ahora tenemos un partido racista en el Parlamento, el partido *Sverigedemokraterna*, que se ha convertido en el tercer mayor partido! Tengo miedo cuando les escucho. Su objetivo es expulsar del país a todos los inmigrantes, así como controlar los periódicos y el servicio público. Desde un principio este partido ha sido claramente un partido nazi. Propaga el odio, ante todo a los musulmanes.

En febrero del año pasado, cuando empecé a escribir este discurso, todavía desconocíamos la rapidez con la que iban a cambiar nuestras vidas. ¿Quién había oído hablar hasta aquel entonces del virus del Covid? Mi viaje a Hamburgo en mayo del año pasado tuvo que ser cancelado, al igual que este año. Estoy agradecida por no haberme visto afectada por esta enfermedad hasta ahora. Entretanto he recibido ya mi vacunación.

Soy una mujer muy mayor, una de las últimas supervivientes. He pasado los últimos 30 años viajando por todo el país y asistiendo a encuentros con jóvenes suecos. Hago discursos acerca de la Segunda Guerra Mundial y doy testimonio de lo que puede pasar cuando se permite que

el odio y la violencia se apoderen de la sociedad. ¡Y de la importancia de insistir en la igualdad de todos los seres humanos!

Agradezco al destino haber tenido una vida tan buena después de la guerra. Me casé con un judío alemán, Hans Fränkel, nacido en Wuppertal-Elberfeldt, que falleció en el año 2000 después de 53 años de matrimonio. Tenemos tres hijos y seis nietos. Y hoy tengo una familia numerosa, con 15 bisnietos. Esto me hace apreciar la vida. Mi hermana Hédi, que tiene cuatro años más que yo, también se encuentra bien. Ella también tiene una familia numerosa con diez bisnietos.

De modo que Hitler no consiguió exterminarnos. Fuimos nosotros los que salimos vencedores. ¡Nuestra vida se prolongará en las siguientes generaciones!

Viviremos eternamente...